

CARTA VI.

DESCUBRIMIENTO DE UNA NUEVA
Facultad, ò Potencia Sensitiva en el hombre
à un Phylósofo.

EL ingenioso Mr. Adison, conocido en el mundo Literario por el titulo de *Spectador*, ò *Socrates Moderno*, en uno de sus Discursos reprehende, como impertinencia ridicula, la de muchos, que en algunas de sus conversaciones familiares hacen asunto de sus propios sueños, refiriendo, que tal, ò tal noche soñaron tal, ò tal desatino. Creo yo, que entre las muchas extravagancias, que influye el amor propio, esta sea una de ellas; porque facilmente nos persuadimos à que todo aquello, que individualmente nos pertenece, es apto à interesar la atencion de los demás hombres. O acaso, tomandolo con mas generalidad, aunque procediendo sobre el mismo principio, imaginamos, que los demás perciben algun deleyte en escuchar todo aquello, que nosotros sentimos complacencia en referir. Por lo que mira à los sueños, con rubor confieso à Vmd. que un tiempo no hice la reflexion conveniente, para reconocer la impertinencia referida; y asi caía en la tentacion de referir algunos sueños, quando en ellos notaba alguna circunstancia, que daba cierto ayre de chiste à la especie; pero principalmente, si lo he de decir todo, quando la especie, que me ocurría dormido, tenia alguna apariencia de ingeniosidad, no indigna del discurso de un despierto. Supongo, que esto sería porque, aunque yo no lo reflexionaba bastantemente, la narracion lisonjaba tanto quanto mi vanidad: vanidad realmente vanísima, lo confieso, pensar que debiese aplaudirse como acierto del entendimiento, lo que solo era error de la imaginativa.

La

2 La lectura de la advertencia referida del Señor Addison, que viene à ser juntamente Política, y Moral, haciendome conocer, que en una, y otra linea era viciosa la costumbre de referir los sueños propios, sirvió à corregirme en ella, aunque no tan del todo, que una, ò otra vez no reincida. Y vé aqui Vmd. que la accion de escribir esta Carta es una nueva reincidencia, porque su asunto es manifestar à Vmd. un sueño mio, aunque à la verdad algo distinto en especie de los que reprehende Mr. Adison, porque no es sueño de dormido, sino de despierto. ¡ Oh, cuántos de estos hay en los hombres! Y tanto mas nocivos, quanto ellos están mas lexos de conocer que son sueños. El que duerme, entretanto que duerme, ignora que es sueño quanto en aquel estado se presenta à su imaginacion, pero lo advierte despues. Mas en estotros, que llamo sueños de despiertos, ò por lo menos en muchos de ellos, ò tarde, ò nunca llega esta advertencia. Uno se sueña sábio; otro estimado de todo el mundo; otro querido de los Grandes; éste ingenioso, siendo rudo (este es el sueño mas comun en el mundo); aquel de larga vida, estando à los umbrales de la muerte; estotro enfermo, estando sano, &c. Mas acaso, no con toda propiedad llamo à estos sueños de despiertos, pudiendo decirse, que los que sueñan estas cosas en cierto modo están dormidos; porque para aquellos determinados objetos tienen amodorrado el entendimiento (como en la dormicion ordinaria lo está, respecto de todos), y despierta la imaginativa. Pero basta yá de moralidad, que no es razon tener à Vmd. mucho tiempo suspenso en la expectacion de vér lo que he soñado. Yá voy à decirlo; mas previniendo antes à Vmd. que aunque llamo esta una nueva reincidencia en la costumbre antigua de referir mis sueños, no es tan viciosa como otras; porque entra en ella à la parte con la complacencia, que inspira el amor propio, una buena dosis de amor honesto, y sincero de la verdad.

3 Es el caso, que aunque doy el nombre de sueño

E 2

à

à la especie que propongo en esta Carta, no estoy cierto de que lo sea; pero lo temo, lo dudo, lo sospecho; y el comunicarla à Vmd. es con el fin de que resuelva mi duda, en que fio el acierto, yá de su mucha penetracion de parte del entendimiento, yá de su desapasionada indiferencia de parte de la voluntad, no pudiendo cegarle, ò obscurecer la vista, como à mí, la circunstancia de mirarle como parto proprio.

4 Atienda yá Vmd. he discurrido, ò pensado, que hay en nosotros una Potencia Sensitiva, ò llamese meramente Perceptiva; distinta de todas las demás, que hasta ahora señalaron los Phylososofos. La prueba de esto es: hay un objeto real, y verdadero, cuya existencia percibimos, y aun cuya dimension conocemos, sin que esta percepcion se haga mediante algunas de las Potencias, que hasta ahora señalaron los Phylososofos: luego mediante otra distinta de todas estas: luego hay esta distinta Potencia.

5 El objeto, de que hablo, es este ente fluido, volátil, y fugitivo que llaman *Tiempo*. Es objeto real, porque consta de partes realmente existentes, realmente distintas, y desiguales; pues con realidad, y sin ficcion alguna decimos, que fulano estuvo leyendo dos horas; que el otro durmió seis; que Pedro estuvo febricitando ocho dias; que Juan vivió cincuenta años. Añado, que es *material*, porque es extenso, ò *quanto*, como reconocen los Phylososofos, y aun los que no son Phylososofos; y la extension quantitativa es tan propria de los objetos materiales, como repugnante à todos los espirituales.

6 Pregunto ahora: ¿Con qué sentido corporeo percibimos este objeto material, ò por qual de los cinco conocidos entra su especie al alma? Por ninguno de ellos sin duda; pues ni le vemos, ni le oimos, ni le olemos, ni le gustamos, ni le tocamos: Luego hay otra Potencia Sensitiva destinada à su percepcion.

7 Ni se me diga, que la idéa, que hay en nosotros de la extension del tiempo, es una resultancia del cono-

cimiento sensitivo, que tenemos de los instrumentos destinados à medirle; esto es, de todas las especies de relojes. Digo, que esto no puede ser: lo primero, porque la idea de la extension del tiempo necesariamente precedió à la invencion, ò fabrica de esos instrumentos, destinados à su mecánica medida. Inventaron los hombres esos instrumentos para medir exactamente la extension del tiempo: luego antes de inventarlos tenian la idéa de su extension.

8 Lo segundo: porque sin dependencia de todo reloj, ò sin atencion, ò uso de alguno de ellos medimos la cantidad del tiempo; aunque no con gran exactitud, lo bastante para no padecer en ello error considerable. He observado varias veces (y qualquiera puede hacer la misma observacion), que estando juntos algunos sugetos, en ocasion que habia parado el reloj, en excediendo algo considerablemente de una hora el tiempo de su interrupcion, era esto advertido de algunos de los concurrentes, si no de todos; y decian luego, que sin duda estaba parado el reloj, lo que se hallaba luego ser verdad. ¿Qué instrumento, ò medida exterior hay en tales casos para discernir, que ha pasado mas de una hora desde la ultima pulsacion del reloj? Ninguna. Luego hay otra interior, que es esa nueva Potencia respresentativa, à quien podemos llamar: *Relox natural del alma*.

9 No ignoro, que el célebre Metaphysico Inglés Juan Loke, meditando tal vez sobre esta materia, le pareció resolver la dificultad, diciendo, que en tales casos el hombre conoce el espacio de tiempo, que ha corrido desde tal à tal punto, haciendo reflexion sobre el orden succesivo de las idéas, que pasan revista en nuestro espiritu, durante aquel interválo. Pero este recurso es inutil, no pudiendo por la reflexion sobre el orden de las idéas conocerse la cantidad de tiempo que ha pasado, si no se conoce la cantidad de tiempo, que duró la revista de cada idéa particular en el espiritu, v. gr. si un minuto primero, si veinte segundos, &c. y esta no

puede conocerse por la reflexionada sucesion de las idéas, si en cada idéa particular no se distingue la sucesion de otras idéas parciales, ò inadecuadas, de que se compone aquella; y como sobre el conocimiento de la duracion de cada una de estas idéas parciales se insta con el mismo argumento, se hace inevitable para Mr. Loke el proceso en infinito.

10 El grande argumento de Loke à favor de su opinion es este. El que duerme en un profundo sueño, de modo, que no tenga insomnio alguno, por estar dormida entonces juntamente con la razon la imaginativa, no percibe al despertar alguna extension de tiempo entre el momento inmediatamente anterior al sueño, y aquel en que despierta, sino que en su aprehension están como tocandose reciprocamente los dos momentos. Lo mismo sucederá, y aun mas seguramente en el que está sepultado en un pesado letargo, aunque sea por el espacio de dos, ò tres dias. Sobre lo qual tengo presente un caso raro, que se refiere en la Historia de la Academia Real de las Ciencias, muy apto para dár una grande apariencia de verisimilitud à la opinion de Mr. Loke.

11 Un Consejero de la Ciudad de Lausana, estando dando orden à un criado suyo, para que dispusiese llevar las ubas de su cosecha à ser exprimidas en el lagar, de repente perdió el conocimiento, y el habla, sin que quantos remedios le aplicaron fuesen capaces de hacerle recobrar uno, ni otro por espacio de seis meses; à cuyo plazo un Empyrico, aplicandole grande cantidad de ventosas en la cabeza, perfectamente le restituyó à su estado natural, con la circunstancia de que el recobro de la razon, y la loquela fue tan repentino, quanto lo habia sido la pérdida de uno, y otro. Por casualidad estaba presente à la sazón el mismo criado, à quien habia dado el orden económico que he dicho, en el momento anterior al accidente; y viendole allí, le reconvino sobre su pereza en obedecerle: y repitiendole, que sin dilatarlo mas, fuese à cuidar de que se exprimiesen las

las ubas: de suerte, que los dos momentos, que distaban entre sí el largo espacio de seis meses, se representaron en su imaginativa como indistantes uno de otro (Historia de la Academia, año 1719, pag. 22.).

12 Este caso, digo, parece confirma poderosamente el pensamiento de Mr. Loke, de que la dimension del tiempo, independiente de todo relox, solo se puede lograr por el reflexionado orden sucesivo de las idéas, el que era imposible en quien en aquel largo espacio de tiempo, habia carecido de toda idéa.

13 Pero mirado à buena luz, no veo conexion alguna necesaria, pienso, que ni aun probable, entre el fenómeno propuesto, y la opinion de Mr. Loke; mayormente quando esta queda, à mi parecer, enteramente postrada por la reflexion que hice sobre la imposibilidad de medir la duracion de cada idéa en particular; antes si veo, que ese mismo fenómeno conduce naturalmente el entendimiento al asenso de mi opinion. Lo veo, y se lo haré vér à Vmd.

14 Ello es indubitable, por las razones que expuse arriba, que hay en nosotros una potencia perceptiva de la duracion sucesiva del tiempo. Supuesto esto, ¿qué se infiere de que el que está sumergido en gravísimo letargo, ò profundo sueño, no percibe esa duracion sucesiva? Que la potencia destinada à esta percepcion está entonces como dormida, sufocada, y sin accion. ¿No es inengable este estado de total inaccion del entendimiento, y aun de la imaginativa, en los casos referidos, solo porque la experiencia muestra, que en ellos nada se entiende, piensa, ò imagina? Luego mostrando tambien la experiencia, que en esos mismos casos no se percibe la duracion sucesiva del tiempo, se debe confesar, que esto no es por otra razon, sino porque la potencia destinada à esta representacion está entonces dormida, ò como muerta. Dgamoslo de otro modo. Está entonces totalmente parado aquel relox natural, de que nos dotó el Autor de la Naturaleza.

15 Supuesto lo dicho, una duda, ò questão curiosa me ocurre concerniente al mismo asunto: esto es, si en los brutos hay la misma Potencia perceptiva del tiempo, que en nosotros. A la qual respondo con las proposiciones siguientes:

16 Primera proposicion. Supuesto que no es el tiempo un ente espiritual, como queda probado, por su extension, ò cantidad continua; no está por este capítulo excluido de la esphera de actividad, ò jurisdiccion de la Potencia cognoscitiva de los brutos.

17 Segunda. Aun supuesta la materialidad del tiempo, no se infiere de ella, que los brutos le sientan, ò perciban, siendo cierto, que no se extiende su capacidad (como probablemente, ni aun la de los hombres) à todas las especies, ò géneros de objetos materiales.

18 Tercera. Aun quando concedamos à los brutos alguna facultad perceptiva de la série sucesiva del tiempo, no es preciso suponerla de igual perfeccion específica à la del hombre; antes lo contrario es lo mas verisimil. Lo que me parece no negará algun entendimiento bien dispuesto.

19 Cuarta. No es necesario discurrir uniformemente de todos los brutos sobre esta materia, quando su diversidad específica (y acaso en tales, ò tales clases de brutos generica) dá motivo para pensar, que no todos están proveídos de las mismas facultades sensitivas. Y la experiencia en parte lo confirma; pues se sabe, que algunos insectos carecen de ojos, y otros los tienen multiplicados. El sentido del oído tambien se duda de muchos.

20 Quinta. Las observaciones experimentales, que se han hecho en algunos brutos, dan motivo aparente; pero no seguro, para suponer en ellos alguna facultad destinada à discernir la cantidad, y orden sucesivo del tiempo. Dos de estas observaciones, una que he leído, otra que oí à testigos fidedignos, referí en el Tom. 3. del Teatro Crítico, de un Perro, y un Pollino, que para opuestos fines notaban la progresion del tiempo en el dis-

curso de la semana. Estas dos observaciones alli me sirvieron para probar la racionalidad de aquellos brutos, por el uso reflexivo que hacían de aquella percepcion: aqui vienen al proposito de probar esa misma percepcion, porque parece que estas dos bestias notaban la periodica sucesion de los dias de la semana, y por consiguiente el progresivo orden del tiempo. Mas ya he advertido, que esta ilacion no es enteramente segura para el efecto de que los brutos perciban la duracion del tiempo como nosotros; si solo para que à su modo numeren los dias de la semana, observando la recíproca division de ellos, por la interpolacion de las noches; lo qual puede suceder, sin que perciban, como nosotros, aquella perenne fluidéz independiente de la alternacion de la luz, y la obscuridad, con que se van sucediendo unas à otras todas las partes del tiempo, de qualquiera magnitud que se consideren; v. gr. las de una hora, de un quarto, de un minuto, &c.

21 Mas como yo en la tercera proposicion, escrita arriba, he asentado, que aun concediendo à los brutos alguna percepcion de la série sucesiva del tiempo, debe restringirse esta, de modo, que sea específicamente inferior à la que nosotros tenemos; parece que dexandoles à salvo la enumeracion de los dias de la semana, considerado cada uno en su totalidad, segun la série con que se van sucediendo, ya se les concede cierto sentimiento de la duracion del tiempo, aunque imperfecto respecto del que experimentamos nosotros.

22 Añado, que acaso es mas perfeccion de los brutos, y por tanto mas difícil de admitirse la enumeracion de los dias que se les concede, que esotra mensuracion del tiempo que se les niega; pues Aristoteles en la seccion 30 de los Problemas, *quest. 5*, dice de sentencia de su Maestro Platón, que el acto de numerar es proprio privativamente del hombre: *Homo solus omnium animalium novit enumerare*. Y si asentimos à lo que en otra parte, tambien del libro de los Problemas, afirma el mis-

mo Phylosofo, se seguirá, que el Perro de Francia, y el Pollino del Colegio de Exlonza eran mas racionales, que los habitadores de una Provincia de la Thracia; pues aquellos contaban hasta siete, y estos eran tan rudos, que no acertaban à pasar de quatro: *Una gens quædam Thracum ad quatuor numerandii seriem terminat.* (Problem. sect. 15, quæst. 3.). Es verdad, que algunos no reconocen el libro de los Problemas por obra de Aristoteles, y yo soy del mismo sentir; porque las frivolas, y ridiculas razones, con que procura disolver los mas de los Problemas, que propone, son totalmente indignas de un tan grande ingenio.

23 Como quiera, yo me abstengo de resolver esta quæstion accesoria, dexando al arbitrio de Vmd. la decision de ella, como asimismo de la que constituye el asunto principal de esta Carta. Sobre uno, y otro deseo saber el sentir de Vmd. Y entretanto ruego à nuestro Señor guarde, y prospere su persona muchos años. Oviedo, &c.

COROLARIO.

24 **T**oda la dificultad del asenso à la Potencia mensurativa del tiempo, que en la Carta antecedente he procurado probar, no solo en los hombres, mas tambien à su modo en los brutos, proviene de los estrechos límites, que hasta ahora señalaron los Phylosofos à la esfera de actividad del alma Sensitiva, reduciendo los sentidos corporeos al preciso numero de cinco. Y me inclino à pensar, que esta limitacion no está bastantemente fundada; no solo por las razones exhibidas en la Carta à favor de la existencia de una facultad corporea à quien toca percibir, y medir la duracion del tiempo, mas tambien por otro motivo que voy à explicar.

25 Discurro así. Si hay alguna, ò algunas sensaciones corporeas, que no se exercen, ni por la vista, ni por el oído, ni por el olfato, ni por el gusto, ni por el tacto, sin duda hay otro, ò otros sentidos corporeos innominados,

dos, à quienes pertenecen; pues no hay acto que no corresponda à determinada potencia. Me parece, pues, que nadie me podrá negar alguna sensacion de este genero, cuya existencia muestro en este caso. Luego que oímos alguna noticia triste, ò vemos algun suceso para nosotros lamentable, al punto se affige el alma; y de la afficion del alma resulta prontamente en el cuerpo una especie de dolor congojoso, que manifestamente experimentamos en el pecho. La percepcion experimental de este dolor ciertamente es una sensacion corporea. Pero à qué sentido de los cinco pertenece? No parece posible adaptarle à alguno de ellos, sino por mera voluntariedad. Luego hay otro sentido corporeo innominado, à quien pertenece esa sensacion.

26 Mas. Aquel horror, que nos hace estremecer, al vér, ò oír algun objeto espantoso, es una sensacion corporea distinta de la pasada, sin ser exercicio de alguno de los cinco sentidos, pues aunque el conocimiento del objeto entra por alguno de ellos, de ninguno de ellos es acto, ò exercicio ese horror, pues no es vision, ni audicion, &c. Luego hay otro distinto sentido innominado, à quien pertenece.

27 En el tercer Tomo del Theatro Critico tengo probado, que no hay verdaderas *Sympatias*, ni *Antipatias*. Pero no tengo por imposible lo que se refiere de algunos, que por la mera presencia, ò proximidad de tal objeto determinado, padecen terror, ò alguna commocion molesta, à lo qual dieron el nombre de *Antipatia*, que nada significa. Siendo el fenomeno verdadero, su causa son sin duda unos sutilissimos efluvios del objeto, que entrando por los poros, sin que el tacto los perciba, producen en el corazon aquella afecion incomoda. Esta tambien es sensacion distinta de todas las de los cinco sentidos.

28 En el Spectador Anglicano leí, que hay arboles en la America, que producen manzanas venenosas, de cuya malignidad ha habido bien funestas experiencias en los

los que engañados por la semejanza que tienen con otras nada nocivas, comieron de ellas. Ahora ya las discernen en que ninguna de las venenosas se vé jamás picada de paxaros. ¿Con qué sentido perciben aquellos inocentes animaleros la malignidad venenosa de tales manzanas? Podrá responderseme, que no perciben la venenosidad, sino un olor ingratisimo que los ahuyenta de ellas. A la verdad, no hallo impugnacion eficaz contra esta solucion, pues no lo es el que los hombres no perciban ese mal olor; ya porque puede no ser ingrato para ellos el que lo es para las aves; ya porque pueden ser estas de mas vivo olfato que los hombres. Y así, no insisto mas sobre este phenomén; pero sin salir de la America substituiré otro en su lugar, y es el que nos refiere del Buío el P. Gumilla en su segundo Tomo del *Orinoco ilustrado*.

29 Este horrible Serpentón, que verisimilmente es el mas formidable que hay en toda la naturaleza (los hay de veinte y ocho palmos de largo, y quatro, ò mas de ancho), no pudiendo, por su lentisimo movimiento, alcanzar al hombre, ò bruto en quien quiere exercer su voracidad, tiene otro modo muy singular de apresarle, que es disparar hácia él un vaho de tal actividad, que no solo le impide la fuga, mas le precisa al movimiento opuesto, con que, aunque reluctante, y congojado, se vá á meter en las fauces del monstruo. ¿Quién me dirá qué sensacion es, y á qué sentido pertenece (pues alguna hay sin duda) aquella que al misero animal dispone, ò determina á aquel fatal movimiento? El P. Gumilla dice, que el Buío le atrae. Pero fuera de que ya raro Phylosofo admite atraccion propriamente tal, de modo, que la voz *atraccion* se tiene comunmente por significativa de nada, es cierto, que no le atrae como á un cuerpo insensible en la forma que el Imán atrae el hierro, ò la virtud electrica á aquel en quien explica su actividad; sino mediante alguna impresion, que hacen en él los efluvios, ò halitos del Buío, y que siente el infeliz animal, como se vé ya en la congoja que muestra, ya en que se mueve,
no

no en fuerza de mero mecanismo como el hierro hácia el Imán, sino con movimiento vital correspondiente á la facultad progresiva propria de los vivientes, y usando de sus mismos pies; lo que se nota asimismo en la comadreja, respecto del sapo; pues se dice, y el mismo Padre Gumilla lo aprueba con varios testimonios, que el sapo hace con la comadreja lo que el Buío con toda especie de animales. Solo se podrá recurrir al tacto, para colocar esta accion, ò passion dentro de la esfera de alguno de los cinco comunes. Pero si los halitos del Buío, ò el sapo obrasen por el contacto, en vez de traer el otro animal hácia sí, le darian impulso, ò empujon hácia la parte opuesta, como sucede siempre que un cuerpo, moviéndose hácia otro, le comunica su movimiento.

30 No pienso, que Phylosofo alguno pretenda disolver la dificultad, que ofrecen los phenómenos propuestos, recurriendo al *Sentido comun*; pues ninguno ignora, que este no recibe especie alguna, sino las que entran por algunos de los cinco sentidos externos.

31 Mas puede ser que algunos insistan en que las particulares sensaciones, que he procurado persuadir pertenecen á otra, ò otras potencias distintas de los cinco sentidos externos, pertenecen realmente á uno de estos; conviene á saber al tacto, aunque se nos representen como diversas de las que comunmente atribuimos á este sentido; lo qual puede provenir de que no consienten en la impresion, que en nosotros hacen aquellos cuerpos groseros, cuya sensible palpabilidad percibimos en su contacto, sino en la que hacen algunos sutilisimos efluvios de esta, ò aquella especie, en tales, ò tales organos de esta animada máquina.

32 Y bien. Aun concedido eso, se infiere, por lo menos á mi favor, que las expresadas sensaciones son proprias de alguna, ò algunas Potencias Sensitivas, que se distinguen del que comunmente llamamos sentido del *Tacto*; como se distinguen de él los otros quatro sentidos, vista, oído, olfato, y gusto. Las sensaciones de estos

tos quatro sentidos todas son tacto. *Fit quidem* (dice el Phylósofo Tolosano Francisco Bayle, despues de hablar del sentido del tacto) *in reliquorum sensuum organis quidam contactus, nulla enim in his excitari potest motio, nisi immediata intercederet alicuius corporis impulsio.* Pero este tacto, ò contacto es diverso en cada sentido, yá por el diverso organo en que se exerce, yá por las distintas especies de cuerpos, que hacen impresion en cada organo; pero estos, aunque distintos, todos convienen en ser delicadissimos, y impalpables. La vista le exerce por el contacto de la luz; ò reflexa, que es la que viene del cuerpo iluminado; ò directa; que viene del cuerpo luminoso, en la retina del ojo. El oído, por el contacto de aquel ayre delicadissimo, que mueve el cuerpo sonante hácia aquella parte de la oreja, que llaman tympano. El olfato, por el contacto de los efluvios de los cuerpos olorosos en una membrana, que está en el fondo de la nariz. En fin, el gusto por el contacto de sutillissimas sales de los potables, ò comestibles, en ciertas fibras, ò ramitos nervosos del paladar, y la lengua. Sin embargo, aunque el exercicio de todos los sentidos se hace por tacto, ò contacto de algunos cuerpos, solo á uno se dá el nombre de tacto, distinguiendo específicamente los otros quatro, y cada uno de estos entre sí, por la distincion de los cuerpos, y de los organos. Luego, aunque el exercicio de las Potencias Sensitivas, que yo destino para las particulares sensaciones, que he expresado, se haga por alguna especie de contacto, queda lugar á su distincion específica, respecto de las Potencias Sensitivas, conocidas hasta ahora por la distincion específica de los organos, y de los cuerpos entre quienes se hace ese contacto. Pero advierto, que esta graciosa admision es solo respecto á las sensaciones, que señalo en este Corolario, mas no para la sensacion del tiempo; la qual es claro, que no se hace por contacto alguno.

33 Pero basta yá de esta materia. Y si alguno quisie-

siere tratar de su sueño quanto he escrito, así en este Corolario, como en la Carta que le precede, tenga, ò no tenga razon, no me quejaré por ello; pues es justo, que los demás gocen en creer la libertad, que yo me tomo en escribir. Mas no por eso se piense, que renuncio el derecho que tengo á que no se me impugne, sin pesar bien mis razones.

CARTA VII.

SOBRE LA INVENCION DEL ARTE,
que enseña à hablar los mudos.

MUY señor mío: Dos recibí de V. S. divididas en tres correos: la primera con fecha de 3 de Noviembre; la segunda de 17 del mismo: entrambas, así por la circunstancia del Autor, como por el contenido muy apreciables, y que como tales logran en mí una muy sobresaliente estimacion. La primera contiene una cabalissima descripción de las dos mayores bestias terrestres, el Rhinoceronte, y el Elefante; pudiendo asegurar, que aunque de este segundo adquirí bastantes noticias, en ninguno las hallé tan individuadas, y exactas como las que en la suya me comunica V. S. y tuve singular complacencia de que la caída del Elefante, rompiendo la bóveda del subterráneo, y la precaucion, que despues practicaba de pulsar bien el pavimento para no reincidir en el mismo infortunio, me asegura ser verdad lo que refieren algunos Autores, de que en varias partes del Oriente, para coger los Elefantes, se usa el estratagemá de abrit en las selvas, que habitan, unos hoyos bastante-mente capaces, los quales ocultan sobreponiendo un suelo artificial, semejante al natural de la selva; de modo, que llegando incautamente el Elefante á pisarle, en fuerza de